LA NOCHE SIN LUNA

No tardaría mucho en comenzar con el síndrome, esa bruma densa y tristona, esa perspectiva de calle vacía y desolada, tan solo dibujada por algunas luces de neón de segunda clase. Se trataba de un estado de ánimo en aquel enfermero antes del turno de noche, solía aparecerle entrada la tarde, parecía que algo accionase un interruptor invisible y pernicioso. Él en algunas ocasiones se refería a ello en términos tales como:

* ¡Estoy de luto¡

Su mente comenzaba a prepararse, a mentalizarse, a centrarse en la irreversible situación, el final del trayecto de aquella jornada serían las fauces del hospital donde trabajaba. Cierto es, que, con el devenir de los años se había acostumbrado a sí mismo, su mujer también. Nunca sucedió el hecho extraordinario que le liberase de realizar la noche planificada, ningún hada se acordó del enfermero y decidió cambiar el plan con su varita mágica e invitarle a una cerveza muy fría; a los parias no suelen sucederles esas cosas, era carne de hospital.

A las seis de la tarde, minuto arriba minuto abajo, estaba tomándose un café junto a su mujer en el Dublín House, un local nuevo, estilo pub irlandés como su propio nombre ya indica, recién abierto en aquella ciudad de provincias donde vivían y a ratos soñaban…

El local era precioso, los colores rojo, negro y dorados, lámparas de cristal colgantes, la decoración acertada, el trato amable, los amplios ventanales miraban a la Plaza Mayor donde jugaba la chiquillería. Tomarse un café por la tarde, con su mujer, era uno de sus rituales, uno de esos pequeños placeres que se valoran en su justa medida cuando los pierdes. Aquellos instantes de felicidad, fugaces, escurridizos, fotogramas de una vida a los que aferrarse cuando soplan vientos contrarios. El último sorbo de la taza de café, ése que deja los labios perfilados con la espuma olorosa y cafetera, ese aroma de siempre y para siempre con el que la pareja se despide de la camarera de tez sureña y ojos negros; tras sus pasos se cierra la puerta de madera roja del Dublín House, el aire en el exterior es frío, la tarde comienza a caer vertiginosamente y él lo sabe, conoce su destino. El enfermero levanta la mirada hacia el reloj de la torre del Ayuntamiento, a pocos metros del pub, en la Plaza Mayor, el reloj marca las seis y media de la tarde, es hora de regresar a casa y guardar energías para afrontar la noche laboral, la luz ya quiere irse, es invierno en la meseta castellana, pronto anochecerá, no hay tregua, las manecillas del tiempo son inexorables. El enfermero coge por la cintura a su mujer mientras suben por la Calle Mayor, un chaval baja embalado en una bicicleta sorteando transeúntes que maldicen en hebreo, la calle es peatonal y el joven ciclista pone en peligro la integridad física de los peatones.

* Tampoco es para tanto (piensa el enfermero)

A la izquierda, el letrero machacado de lo que fue un cine, como un anciano desdentado, las letras perdidas y olvidadas, el esqueleto del luminoso visible, como el de los muertos. El enfermero recuerda aquel Cine Imperio, un cine de los de antes, aquellos cines juveniles con acomodadores y linterna, la película podría ser “La Rosa Púrpura del Cairo“.

Un poco más adelante, una placita donde reina Neptuno tridente en mano, el dios de los mares esculpido en mármol, un testigo mudo de la ciudad, un confidente de nuestro enfermero en muchos de sus paseos.

Callejeando unos minutos la pareja llega hasta su coche que les llevará hasta el hogar, dulce hogar, todavía podrá el enfermero recostarse en el sofá de su salón y ver el segundo tiempo del partido de fútbol televisado, luego cenará absorto en sus pensamientos. Tras cepillarse los dientes con meticulosidad, parsimoniosamente, se despedirá de su mujer y cogerá nuevamente su automóvil camino del hospital.

A lo lejos el hospital de la ciudad, como una criatura de las profundidades marinas, un monstruo con un centenar de ojos que brillan en la oscuridad de una noche sin luna, palpitando, respirando, elevándose hasta el cielo.

Dentro de las fauces otro mundo, el mundo hospitalario con todas sus miserias y supongo que alguna grandeza; todo tipo de gentes tatuadas con la enfermedad, unos en sí mismos y otros en la piel de familiares, amigos, conocidos y enemigos.

En el hall del hospital hay algarabía, es un hospital público denominado de puertas abiertas, todo el mundo puede entrar en él, a cualquier hora, sin control alguno, los niños corretean y gritan, los corrillos de personas son numerosos y elevan la voz para hacerse oír; los celadores, refugiados en su burladero semicircular, contemplan la escena cotidiana, no les gusta, pero no les queda más remedio que aceptarlo. De vez en cuando, un guardia de seguridad uniformado sale a la luz para dejarse ver e imponer un poco de orden; enseguida vuelve el lío, es fin de semana, hay mucho público.

En los tablones de anuncios, carteles sindicales de protesta por los recortes a los empleados públicos, convocatorias de manifestaciones, ofertas de alquileres de pisos sin sexo, fotografías de algún perro extraviado.

El enfermero ya está en el pasillo del sótano, donde se hallan los vestuarios; mirando al frente parece interminable, todavía tiene que recorrerlo antes de llegar a su taquilla oxidada, ya está en capilla como los toreros, con el rictus serio; hacia la mitad del pasillo se cruza con una compañera enfermera que recompone su vestimenta hospitalaria mientras camina apresurada hacia los ascensores, nuestro enfermero va más retrasado, es uno de sus defectos, siempre se lo recuerdan sus compañeras, él lo llama leyenda. Como un acto reflejo, atávico, se gira y mira el trasero de la enfermera que se pierde al final del pasillo.

* ¡Está buena¡

Su taquilla cada vez está más destartalada, da asco verla, en la cara interna de la puerta aparece rotulado desde hace muchos años la siguiente inscripción:

* “Un día perderé de vista este agujero“

Ese deseo no se ha cumplido, incluso ha empeorado, las condiciones laborales han iniciado una regresión a tiempos más oscuros, recortes de los derechos y del sueldo.

Con pasos firmes el enfermero ya ataviado con su pijama blanco alcanza un ascensor que buscaba la fuga sin pasajeros, marca el número fatídico de la planta, el viaje se hace corto, el enfermero se santigua antes de cruzar la puerta abierta del ascensor, ya está en el infierno, ya ruge algún timbre, ya huele a Chanel Nº 5, son las diez menos diez de la noche sin luna, las compañeras del turno de tarde ya esperan ansiosas el relevo, están estresadas, deseosas de salir de allí y respirar aire fresco. Han tenido cinco ingresos y no han parado ni para ir al WC. El relevo se produce con relativa normalidad, cierto guirigay, chascarrillos, risas e imitaciones, algunas anécdotas y el relato de incidencias enfermeras. Lo habitual, nada destacable; solamente un inciso en el paciente que ingresó programado para un probable implante de marcapasos con la edad de noventa y nueve años, vivir para ver, tema de conversación, sorpresa y curiosidad dentro del cuarto, perplejidad total al escucharlo nuestro enfermero.

* ¡Qué extraño que el corazón de una persona de noventa y nueve años haya perdido el compás!

Suena el interfono, son los de BOXES para otro ingreso, en las trincheras no hay pausa, siguen disparando, no se pueden contar las incidencias tranquilamente, ya empiezan mal el turno, bajo presión. Suenan dos timbres a la vez, uno de los pacientes se ha equivocado al querer apagar la luz; el otro tiene dolor en la espalda, un dolor que arrastra desde hace al menos diez años.

Hace mucho calor en el cuarto-oficina, da igual que sea invierno o verano, allí siempre se transpira, dicen que es problema de climatización, pero ellos no sufren las condiciones adversas, a veces, parece la boca de un horno.

Suena otro timbre, el último del pasillo, el paciente está con diarrea desde hace varios días, quiere que le cambien el pañal manchado. Ahora suena el interfono de afuera, en el antiguo control, son los vecinos del control A, necesitan una ampolla de Solinitrina Forte con urgencia. No hay modo de centrarse, todo son interrupciones, no hay que perder la calma porque entonces están perdidos.

Por fin cinco minutos de silencio, hay que aprovecharlos para avanzar. Ani, la compañera que le ha tocado esa noche, mira de reojo las dos gradillas con las analíticas pendientes de extraer a las siete de la mañana, cuando cante el gallo de cresta roja en algún corral, cuando los párpados se cierran de puro cansancio, cuando el sol aparezca tras las montañas azules.

Pronto irrumpe un paciente que consigue entrar hasta zonas de acceso restringido, de setenta y tantos años, preguntando acerca de la hora a la cual le bajarían al día siguiente para realizarle un cateterismo cardiaco; el enfermero, irónicamente, le dice que continúe adentrándose en territorio apache; mientras, Ani y la auxiliar Cris le paran en seco, detienen su osada incursión.

* ¡Aquí no se puede pasar señor!
* ¡Tiene que llamar al timbre en su habitación! Nosotras iremos para atenderle.

El hombre muestra cierta senilidad que ya anuncia toda una declaración de intenciones, el enfermero sonríe, le recuerda a su tío abuelo Demetrio, ya fallecido, que terminó mentalmente desvencijado.

Tomándole del brazo, el enfermero le acompaña hasta su habitación, una de las habitaciones próximas al control de enfermería, la misma habitación que ocupa el paciente de los noventa y nueve años.

Al entrar en la habitación y reubicar a la oveja descarriada, observa media docena de familiares que rodean y bromean con el hombre casi centenario, de aspecto bonachón, grande, blanco como un cachalote, de vientre abultado, con el pelo níveo y conservado, que está tumbado en su cama, con el cabecero incorporado, con un suero pasándole, risueño y comunicativo, quizás algo sordo, pero atento a cuanto sucede a su alrededor.

El enfermero regula el ritmo del suero fisiológico, tiene que acabarse a las doce de la noche.

De vuelta a los cuartos de trabajo enfermeros, comenta a Ani lo acontecido, habla acerca de la pareja de enfermos de la habitación 33, ambos le han llamado la atención, son muy diferentes pero darán que hablar, se trata de una intuición. Ani está a lo suyo, ya está liada con la medicación, pronto volverán a la carga los de BOXES con el ingreso pendiente.

Cada uno con su carpeta, concentrados para no equivocarse, van sacando la medicación pautada para el turno de noche, los dos intentan apresurarse, quitárselo de encima; su compañera auxiliar Cris prepara por otro lado el carro de la ropa limpia para el día siguiente y después, el carrito con zumos y leche que repartirá a las once aproximadamente, la clientela es muy exigente y encima es gratis.

Suena la alarma de una bomba de perfusión, la paciente no deja de doblar el brazo donde tiene puesta la vía venosa, se la indica que procure no hacerlo, luego volverá a reincidir.

Al cabo de un rato salen para administrar la medicación y repartir el refrigerio a quienes puedan disfrutarlo, otros contemplan la escena muertos de envidia como invitados de piedra.

El sonido estridente del interfono no para, son los pesados de BOXES con el ingreso, dicen que es una chica joven aburrida de esperar abajo con un cólico biliar.

* ¡Bueno, dentro de diez minutos que suba! Contesta el enfermero resignado.

El nebulizador de los aerosoles de los pacientes a cargo de neumología crea un ambiente londinense, niebla y humos de chimeneas humanas, golpes de tos, penitencias de exfumadores empedernidos.

Las horas van madurando, aunque parezca mentira, cayendo como las gotas persistentes de un tejado con goteras, las tareas laborales se van ejecutando como mandan los cánones, al son de un tambor imaginario. Inevitablemente, cuando surge algún tiempo muerto se paran, los ojos quieren cerrarse y los pensamientos afloran. La noche ha sido movidita sobre todo con los dos enfermos de la habitación 33, el de los noventa y nueve años casi cien se quedó solo porque sus familiares se piraron en cuanto se apagaron las luces del pasillo, a su cargo quedó su compañero de habitación que se erigió en su centinela en la noche. El tío Demetrio como terminó llamándole el enfermero, se pasó toda la noche despotricando contra los familiares de su compañero, decía:

* ¡Vamos que dejar solo a este hombre!
* ¡Esto no está bien!

El tío Demetrio no pegó ojo, aunque al día siguiente él iba a ser sometido a un cateterismo cardiaco, pero, su código moral le impedía abandonar a su suerte a su compañero, que igual se enredaba con el sistema del suero y se hacía una bufanda, que vertía la botella de orina empapando hasta el colchón de la cama. Ya barruntó en su momento el enfermero que aquellos dos iban a dar mucho juego en “la madrugá“.

Con los dedos cruzados, después de sacar todas las muestras de sangre, empujando a las manecillas del reloj, contemplando el amanecer y el despertar de la ciudad desde la última planta del hospital, llegaron las ocho de la mañana para arrancarles de aquella pesadilla nocturna, de aquella noche sin luna.

Por fin nuestro enfermero conseguía encaminarse a la salida de aquella planta novena, ciertamente aliviado, con el deber cumplido como reza en el eslogan de ese famoso café instantáneo, sin querer mirar hacia atrás no fuese que le volvieran a engancha, ahora disponía de dos días libres para desconecta, aquellos turnos anti-estrés no estaban nada mal. En el rellano de los ascensores para el personal coincide con una compañera del control vecino, una enfermera llamada Lía, una contratada de media jornada fija de noches, cansada de aquella condena nocturna, llevaba ya bastante tiempo, hasta el punto que la habían aparecido unas manchas en ambas manos, probablemente, relacionadas con ese tipo de situación laboral no deseada. El enfermero tenía costumbre cuando terminaba su turno de noche de parar en la entreplanta donde se encontraba la cafetería del personal, aquella mañana bajaron juntos Lía y él, la conversación surgida dio pie a ello, todo comenzó al comentarle Lía aquel problema dermatológico y contestar el enfermero que su cuñada era dermatóloga en aquel hospital, si quería, ella podría echar un vistazo a sus manos lastimadas, pero primero habría que pasar por la entreplanta, tenía hambre, necesitaba repostar.

Aquella enfermera era encantadora , la conversación con ella era agradable, como una brisa suave y perfumada, como el prólogo del dulce sueño que se estaba apoderando de nuestro enfermero, a pesar del café que estaba tomándose junto con una caracola; ella había decidido no desayunar todavía, simplemente acompañaba a nuestro enfermero al tiempo que le hechizaba con sus ojazos marrones.

El enfermero se levantó repentinamente de su asiento hacia la barra de la cafetería:

* ¡Por favor Ángel, dame un vaso de agua con hielo! Así se llamaba uno de los camareros que era hincha del “Atleti”.

De regreso a la mesa situada junto a la primera de las columnas de la cafetería, Lía seguía allí, cada vez resultaba más atractiva, su boca era preciosa, su magnetismo empezaba a preocupar a nuestro enfermero, que todo hay que decirlo, siempre le gustaron mucho las mujeres bonitas.

El tiempo se había detenido, no sabemos si los relojes también, los corazones seguían a su aire, el enfermero comentaba a Lía lo del ingreso del paciente de los noventa y nueve años pendiente de valorar si le implantaban un marcapasos…

Transcurridos unos minutos ambos se levantaron y se encaminaron a las escaleras que conducían a la planta segunda, sin prisas, sintiéndose cómodos el uno con la otra y viceversa. El pasillo que debían tomar hasta llegar al ala del hospital que buscaban era kilométrico , típico de hospital, a nuestro enfermero no le importaba nada eso, todo lo que fuera prolongar aquella compañía le venía bien, no tenía ningunas ganas de retornar a una realidad mundana y gris, y sin saber cómo, aquel encontronazo matinal con una chica que conocía sin más, se estaba convirtiendo en un viaje delicioso a ninguna parte, en un periplo que evocaba en la imaginación de nuestro enfermero una aventura efímera por las aguas de la felicidad. Ya no se acordaba de la noche sin luna, ya no se le clavaban como arpones balleneros los timbres de la enloquecida planta novena, ya no tenía miedo controlado, ya no le escocían los ojos de puro cansancio.

Aparentemente, Lía también se encontraba a gusto, relajada, hablaba de sí misma mientras iban al encuentro de las Consultas de Dermatología, cuando llegaron las puertas todavía estaban cerradas y el enfermero propuso subir una planta más de aquel módulo e ir hasta el despacho del Sindicato de Enfermería (SATSE) para coger algunas participaciones de la Lotería de Navidad, Lía contestó que ella no se gastaba el dinero en lotería, que prefería “comprarse trapos“.

De regreso nuevamente a las Consultas de Dermatología y tras consultar con una de las Auxiliares, ésta dijo que la doctora por la cual preguntaban aquella mañana se encontraba desplazada para pasar consulta en otro Centro Periférico, cosas de las Gerencias.

No había sido posible la consulta, Lía y el enfermero continuaron todavía charlando en uno de los pasillos, hubieran permanecido allí, pero, el enfermero comenzó a mirar su reloj de pulsera, se le vinieron encima sus responsabilidades familiares, había que despertarse de aquella ilusión, había sonado la campana en el rincón del cuadrilátero.

 FIN.

 27 / SEPT / 15